

tively á mi gobernante que vos atentado á los días de mí y de milady. Mi querer sortir incontinentemente de este país abomineable.

—¿Quién os lo impide?—replicó el más chico de los dominós.

—¡Oh! ¡oh! mi ser libreur—dijo Peter-Paulos hinchando las mejillas y moviendo la nariz á derecha é izquierda como una veleta en día de viento variable,—y defender la libeury de mí, hiousté le últime gotte de sangue... by got!

—¡Oh! ¡oh! ¡shocking!—dijo milady al blasfemo.

—Mi desir: ¡calleos vos en esta momento: estar hablando á los gentlemen!

Los dos dominós hablaron un instante á solas. El más chico cerró la discusión diciendo:

—Si queréis evitaros una desgracia, es preciso que nada divulguéis de lo que os ha acontecido esta noche. Aun cuando no seáis la persona á quien esperamos, también nos pertenecéis, supuesto que habéis adivinado parte de nuestros secretos. Volved á vuestra fonda para no volver á salir, y mañana el consejo os hará saber su voluntad.

Los dos dominós se retiraron con ese paso mesurado de los cómicos en las grandes circunstancias.

—Mi desir—exclamó Penélope,—que sido dramatic.

Peter-Paulos se dejó caer sobre el banco de césped para enjugarse el sudor que bañaba sus cabellos amarillos.

—¡Sido prodigieuse!—murmuró con desaliento; —les voyadjedores, les guidas, y les itinerarios ser muy criminal de haboar gardado silencio sobre los peligros de esta suprie paise. Mi desir vos milady, que vos callar. Mi querer reflexionar... formalmente.

Afuera había cesado el ruido de la fiesta. Los

fuegos de artificio habían apagado sus caprichosos juegos, y la glorieta reflejaba ahora, bajo un cielo obscuro, sus luces de colores.

En las calles de mirtos, naranjos y laureles rosas no se veía más que uno ú otro grupo. La mayor parte de los convidados estaban en los salones del palacio inmóviles y silenciosos.

Alguna cosa pasaba allí que hacía enmudecer á la par la voz suave de los instrumentos y las risas indiferentes de la muchedumbre.

Entre esas locas alegrías, la tragedia había mostrado su pálida faz y el placer huía azorado.

VI

El marqués de Malatesta

Ocho ó diez jóvenes, todos con su correspondiente máscara, se habían reunido en la sala llamada de Giorgione, donde hablaban en voz baja.

Agrupados en el ángulo más obscuro de la galería, al pronto no podía decirse lo que hacían.

¿Conspiraban? ¿Contra quién?

¿Acaso ensayaban, para valernos de una expresión teatral, alguna obra dramática?

Ello es que hablaban, gesticulaban, y parecía que verdaderamente se distribuían papeles. Uno de ellos, gallardo joven, á quien confirieran el papel principal, había separado las vueltas de su dominó y dejaba ver un traje tan rico como elegante.

Llamábanle los demás, marqués, y era fácil reconocer en él al misterioso conjurado que había hecho en el jardín este extraño juramento:

—No saldrá de aquí sino deshonrado ó muerto, aunque me cueste el honor ó la vida.

Eran todos jóvenes de la alta nobleza italiana, que después de haber bebido copiosamente al ano-

checer en el palacio de Malatesta, habían ido al baile que daba aquella noche Loredano Doria.

Estos señores se llamaban Giulio Doria de Anghi, marqués de Malatesta; Sampieri, Marescalchi, los dos de Bolonia y ambos príncipes; Vespuccio Doria; Pitti de Florencia; Colonna de Roma; Ziani de Venecia; y Gravina de Nápoles. No había un solo nombre que no fuese histórico é ilustre.

Habíanse reunido diez para combatir á un solo hombre, y para colmo de vergüenza llamaban á la traición en su auxilio.

Con la espada en la mano, cada uno de ellos era valiente, pero se aunaban para cometer una acción baja y tenebrosa.

Y ¿cuál era la causa de que hiciesen uso del arma vil del ardid, siendo como eran todos jóvenes, nobles, fuertes y quisquillosos en lo tocante á lo que se llama pundonor?

¿Temían acaso á su adversario?

En verdad que ninguno lo hubiera confesado. Pero en realidad quizá les infundía respeto.

Y consistía en que su adversario era el príncipe Fulvio Coriolani, el ídolo del pueblo napolitano; el astro de la corte; el hombre cuya sola presencia hacía más melancólica y dulce la sonrisa de todas aquellas lindas princesas; el semidiós que las jóvenes marquesas veían en sus sueños; el espíritu noble y cortés que daba el diapason á la *alta vida*, como se dice en Londres; la fulgurante espada cuyos golpes no había podido parar ningún espadachín.

Malatesta debía ser el actor principal del drama que iba á representarse. Sus compañeros le rodeaban y le infundían valor.

Parecía que su papel era difícil.

—Quisiera más bien tenerle frente á frente—dijo; —no me gusta atacar á nadie por la espalda.

—Cuando atacas frente á frente—replicó Colonna,—ya sabes que no eres feliz.

Sampieri se apresuró á tomar la palabra para atenuar la discusión acre que necesariamente debía originarse.

—¡Haya paz, Colonna!—le dijo;—la suerte ha recaído en ti, Malatesta, y tú debes descargar el golpe maestro. Pero si te falta valor, dilo, pues en ese caso volveremos á poner nuestros nombres en la urna, y sacaremos otro.

Malatesta respondió:

—El de vosotros que se crea más valiente que yo, no tiene más sino venir al amanecer á la derecha de la puerta de Capua. Si vuelve, os dará noticias más.

—Cuidado, marqués, pues generalmente los que se alaban tienen miedo!—dijeron á la vez Grimani y Gravina.

Sampieri medió de nuevo, diciendo:

—No se trata de valentía; todo el mundo es valiente con la espada en la mano. Lo que necesitamos es firmeza, sangre fría y presencia de espíritu. ¿Te sientes en la actualidad con estas circunstancias, marqués?

—Me siento con ellas—respondió Malatesta.

—Muéstranos tu rostro—dijo Pitti de Florencia, —porque tu voz tiembla y no te sostienes muy firme sobre tus piernas.

Malatesta dió un paso atrás y levantó su mano. Sampieri le detuvo.

A un observador atento le hubiese sido fácil adivinar que todos esos jóvenes atolondrados excitaban á Malatesta, como se excita á un toro antes de la corrida.

Este arrancó su máscara con un movimiento convulsivo, mostrando un rostro lívido y unos ojos que lanzaban fuego.

Era un hermoso joven de veinticuatro á veinticinco años, que sin el sello que había marcado en su rostro la orgía habitual y prematura, se hubiera parecido bastante á su primo Loredano Doria.

Al verle conocieron que era inútil el aguijón. El toro estaba suficientemente excitado.

Sampieri sonrió bajo su máscara al ver la franja de espuma que blanqueaba aquellos labios convulsivamente contraídos, y la línea sangrienta que guardaba sus párpados.

—¡Bien, marqués, bien!—le dijo tendiéndole la mano;—ya sabía yo que el hijo de tu padre no podía temblar.

El reloj del palacio Doria dió la una de la noche.

—Ya es hora—continuó Sampieri;—el rey podría retirarse.

Esto fué como la señal de la batalla desde tanto tiempo preparada.

Verificóse como una especie de concertado movimiento entre los conjurados, los cuales atravesaron la sala en pequeños grupos, colocándose en diversos puntos, unos dentro, otros fuera de la alta puerta abovedada del salón llamado de Albano, en el que estaba la corte.

En este último salón casi todos los convidados se habían quitado sus máscaras por respeto á las princesas.

Sampieri, como segundo galán, encargado de replicar á Malatesta, colocóse cerca de éste bajo la bóveda.

Colonna y Marescalchi en el salón; Pitti, Ziani y Gravina formaron el centro de tres grupos.

Hubo un largo silencio durante el cual sólo se oía la conversación de las princesas.

Hablaban del bello, del grande, del seductor, del incomparable Coriolani,

—¿Oyes?—dijo Sampieri en voz baja;—cada una de nuestras palabras será como el estallido de un trueno. ¿Estás?

—Estoy.

—Empieza.

Inmediatamente Malatesta, tomando en alta voz, y mejor de lo que podía esperarse, el tono de una discusión empeñada, exclamó:

—Si no queréis creerme, os lo probaré.

—¿Cómo lo probarás, marqués?—preguntó Sampieri igualmente en voz alta y con acento de provocación.

Algunos indiferentes volvieron ya la cabeza para saber qué diferencia había surgido entre el atolondrado Malatesta y el no menos loco Domenico Sampieri, conde Sampieri della Romana.

La princesa de Salerno decía en aquel momento:

—¿Qué es de él esta noche?

—Es necesario que medie un asunto muy grave—replicó el conde de Castro-Giovanni, primo del rey, que tenía su infantazgo en Sicilia,—para que nuestro querido Fulvio no se halle en este momento en el palacio Doria.

Al hablar así miraba á la condesa Angélica.

La princesa de Salerno hizo á esta última una señal de afectuosa caricia para invitarle á que se le acercase. Angélica obedeció.

En el salón de Albano levantóse un murmullo de admiración al ver la manera graciosa y llena de respeto con que la bella entre las bellas se acercó á la princesa, nuera del rey.

Esta la abrazó sonriendo y le dijo al oído:

—Querida prima, sacadnos de dudas y decidnos dónde está.

Angélica bajó los ojos y respondió vivamente ruborizada:

—Alteza, entre los secretos que el príncipe no

me comunica, debo colocar el bien que hace... Sólo Dios y él lo saben.

Nina Dolci, sentada á los pies de su señora, le envió un beso.

La princesa la hizo sentar á su lado.

Entretanto, Malatesta y Sampieri discutían en voz baja con creciente vivacidad. Los conjurados empezaban á acercarse y á terciar en el asunto.

Los curiosos escuchaban.

De repente Malatesta exclamó:

—¡Mil onzas de oro, si os place!

—Dos mil si queréis—replicó Sampieri.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—se decía á su alrededor.

La corte todavía no había fijado su atención en ello.

—¡Os digo que me consta!—repuso Malatesta con alguna acritud.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—repetían los curiosos, cuyo círculo inquieto iba aumentando en torno de la puerta.

—Sampieri sostiene que tiene el derecho de llamarse así—respondió Colonna entrando á su vez en escena;—Malatesta pretende lo contrario.

—Pero ¿de quién hablan?

—¡Ah!—exclamó Colonna,—¿no lo sabéis?

—Hablan del príncipe Fulvio Coriolani—confesó Pitti encogiéndose de hombros.

—¡Vaya un absurdo!—añadió Ziani

Y Gravina dijo sentenciosamente:

—Ese marqués de Malatesta no se corregirá jamás.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó Malatesta;—¡que no esté aquí! ¡Ya veríais qué cara pondría!

—¡No insultes á un ausente!—dijo Balbi.

—Si el señor Balbi quiere tomar la defensa de un miserable, de un bandido—exclamó Malatesta con voz repentinamente iracunda,—libre es de hacerlo; yo por mi parte sostengo lo que he dicho,

ya era preciso que la corte prestase al fin atención. Cerca de la puerta se habían agrupado más de cien personas.

La princesa de Salerno preguntó como tantos otros:—¿Qué es eso?

—Con permiso de Su Alteza Real—respondió Marescalchi saludando con respeto,—se acusa al príncipe Coriolani de usar un nombre supuesto.

—Y ¿quién se atreve á pronunciar semejante insolencia?—exclamó María Clementina de Austria.

Marescalchi respondió:

—Es el primo de nuestro Loredano, Giulio Doria de Angri, marqués de Malatesta.

—¿Y lo dice seriamente?—preguntó el conde Castro-Giovanni.

—Muy seriamente, Alteza; todavía dice cosas mucho más graves... con la misma formalidad.

Todas las fisonomías de las señoras de la corte revelaban la mayor indignación.

Angélica Doria estaba extremadamente pálida.

En cuanto á la señorita Nina Dolci, el lector puede suponer que era la más indignada.

Estamos obligados á decir que no lo parecía. Apoyada familiarmente en un brazo del sillón de su señora, mostraba en su rostro encantador y risueño una perfecta tranquilidad.

Sólo otros tres personajes mezclados entre el gentío, estaban también tranquilos.

Estos eran el señor Andrés Visconti Armellino, intendente de policía, el gran banquero Massimo Dolci, y el caballero Hércules Pisani.

Tras de ellos se hallaba el coronel San Severo, que parecía, al contrario, presa de una viva agitación.

—¿Dónde está el señor conde?—preguntó la princesa de Salerno;—sería necesario hacer cesar este escándalo.

—Si Su Alteza Real lo desea...—empezó Castro-Giovanni.

Pero no pudo acabar, porque sobre su hombro se apoyó una mano, y una voz murmuró á su oído:

—Aquí estoy escuchando, señor.

Giovanni conoció á Loredano Doria disfrazado y confundido con los demás personajes de la corte.

Sin embargo, como sucede en estas circunstancias, reinaba un gran silencio en torno de los dos interlocutores principales.

Todos se afanaban por oír más y mejor.

La misma corte, á pesar de sus prevenciones en favor del bello Fulvio, callaba y ponía atención.

—Siento—decía en este momento Malatesta con tono evidente de sarcasmo,—que la cosa haya ido tan lejos... Yo quería conversar, pero mi propósito no era dirigir una acusación pública.

—¡No llevarás muy lejos esta acusación!—chilló entre dientes San Severo.

Armellino le hizo seña de que callase.

—Marqués—replicó el veneciano Ziani con fingida severidad,—habéis hablado más de lo que debíais; retractaos ó probad vuestros asertos.

—¡Quién habla más de lo que debe sois vos, señor Ziani!—exclamó Malatesta.

—Hablo lo que debo hablar.

—Cuidado con...

—Respeto el lugar en que estoy. Todos en esta fiesta han unido más de una vez el nombre de aquel á quien insultáis con el nombre querido y respetable de la condesa Angélica Doria.

Todo esto se hallaba concertado de antemano.

Se quería prender fuego á la mina por todos lados á la vez.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—dijeron unos;—Ziani tiene razón.

—¡Ziani hace mal!—exclamaron otros;—¿á qué

mezclar el nombre de Doria en esas querellas de cabezas calientes?

Sampieri dijo por lo bajo:

—¡Valor, marqués! ¡Las princesas escuchan!

Luego añadió en alta voz:

—Mucho has hablado, Malatesta, pero en realidad no has dicho nada.

—Yo he acusado—replicó Malatesta,—á ese pretendido Fulvio Coriolani, de haber llevado exactamente la misma vida que ese otro pícaro que había usurpado un título y que debe subir mañana las gradas del patíbulo.

—¡Oh!... ¡oh!...—protestó la reunión:—¡qué escándalo! ¡Comparar á Fulvio con el barón de Altamonte!

—¿No eran una buena pareja de amigos?—exclamó Malatesta.

—¿Quién de nosotros—objetó el astuto Sampieri,—no estrechó en otro tiempo la mano de Altamonte?

Pero la mayor parte de los cortesanos no cesaban de decir:

—¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo!... ¡Qué relaciones establecéis!

—Este Altamonte me había parecido siempre un caballero de industria.

—Y yo había dicho muchas veces, ¿os acordáis? «Este barón de Altamonte acabará mal.»

Sampieri había puesto el dedo en la llaga.

En efecto, esto daba á Malatesta ocasión de hacer esta réplica sencilla, que lanzó con brío á su adversario fingido:

—Luego ya he dicho alguna cosa, señor Sampieri, supuesto que he sentido, y lo sostengo, que Altamonte y Coriolani, Coriolani y Altamonte, son carne y uña. Nuevo y grande rumor.

Dos personajes se habían colocado en la primera fila de la muchedumbre.

El primero era un dominó de espaldas encorvadas por la edad, y el segundo un joven de elegante talle que llevaba una máscara con barba de seda.

Los que se hallaban cerca del anciano se separaban de él con respeto, excepto un compañero que llevaba para sostener sus pasos trémulos.

El joven se había colocado cerca de los cuatro caballeros del Silencio. La signora Nina Dolci no habría tenido necesidad más que de una mirada para reconocer en él á ese misterioso personaje que se había presentado hace poco delante de la gruta del Endymion mientras que estaba conversando con Angélica Doria.

Era el doctor Pedro Falcone.

Malatesta, desafiando el rumor que se levantaba de todas partes, exclamó:

—Me engaño, no son la misma cosa: Altamonte vale más que Coriolani, porque Altamonte tenía un nombre, un nombre de bandido. Llamábase Felice Tavola, mientras que Coriolani no tiene tan siquiera nombre de malhechor.

Este nuevo ultraje quedó sin eco.

Malatesta se limpió la frente; su tarea era ruda.

—¡Valor!—le dijo á media voz Sampieri,—hemos logrado nuestro objeto; el rey te escucha.

VII

El guante de Loredano Doria

Malatesta estaba de espaldas á aquel anciano, cuyo encorvado dorso se ocultaba bajo un ancho dominó de seda negro. Así es que no le había visto.

Cuando Sampieri le dijo: «El rey te escucha,» se estremeció de pies á cabeza.

—¡Corpo di Baco!—refunfuñaba San Severo tras sus colegas;—me moriré de coraje si no me dejáis estrangular á ese desatentado marqués.

—Es la orden del maestro—respondió el anciano Massimo Dolci volviéndose á medias hacia él.

La princesa de Salerno temblaba de cólera.

Tal escena en presencia de tantas princesas, hijas y nueras del rey, tenía un carácter inexplicable.

La casualidad no podía haber favorecido por sí sola el desenvolvimiento de tantas ofensas.

En torno de ese insultador debía haber una protección oculta.

La princesa oyó una voz suplicante á su oído.

Volvióse y Angélica se echó en sus brazos.

—Señora—murmuró, no pudiendo ya reprimir sus desgarradores sollozos;—Loredano Doria, mi hermano, es enemigo del príncipe Fulvio Coriolani.

Esto fué como un rayo de luz para María Clementina de Austria. Levantóse, buscando con la vista algún alto dignatario que pudiese ejecutar sus órdenes.

Nina, que continuaba mostrando un aire de completa indiferencia, le dijo:

—Alteza, si me fuese permitido daros un consejo, os diría que guardéis silencio.

—¿He de sufrir que en mi presencia?...—empezó la orgullosa austriaca.

—Alteza—interrumpió Nina,—el príncipe vuestro esposo está ahí; acabo de verle.

—Si el príncipe de Salerno juzga conveniente callarse...

—El príncipe real está también presente—volvió á interrumpir Nina.

—Aun cuando...

—Alteza, mirad, y reconoced al rey tras el marqués de Malatesta.

La princesa se dejó caer en su asiento estupefacta. En efecto, había reconocido al rey.

Por lo demás, era fácil conocer que el senti-